

# Disparar a las nubes

Eduardo Limón

*Justo el día en que habría cumplido 97 años, Juan José Arreola recibió en su natal Jalisco un doble homenaje: la representación de un espectáculo teatral inspirado en su mítico libro Bestiario y el traslado de sus restos a la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres. He aquí una crónica, escrita con humor y admiración, de dos actos que sin duda habrían fascinado al autor de Confabulario.*

¿De dónde provienen los genios? Como si me estuviera tarareando la famosísima “¿de dónde son los cantantes?” (sin tomar en cuenta el libro de Sarduy), esa es la pregunta que me hago camino al aeropuerto en esta madrugada de viernes. Se sabe que la genética, con todos los misterios que aún oculta, determina buena parte de lo que seremos en el mundo: color de ojos, tipo de cabello. Tamaño de las manos, temperatura de la piel. Los genes nos dibujan y hasta nos colorean. Pero hay un punto en el que no podemos explicarnos de dónde diantres provienen ciertas características que nos hacen ser quienes somos. Voy hacia Guadalajara, invitado por los nietos de Juan José Arreola a presenciar el traslado de las cenizas del autor desde su Zapotlán natal hasta la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres, además de que asistiré a la representación de un espectáculo basado en *Bestiario* (con mucho, uno de los más bellos e imaginativos libros de Arreola) y la mente mía se clava en la cuestión ¿qué hace que un Juan José Arreola se vuelva, efectivamente, un Juan José Arreola? Seguramente no voy a encontrar la respuesta, pero camino ya hacia el avión no ceso de preguntarme ¿de dónde provienen los genios?

Son esas las cavilaciones que me acompañan mientras subo al cielo en compañía de una variopinta *troupe* de locos trabajadores del arte, participantes todos del mon-

taje que les he mencionado y quienes cuentan entre sus gracias saberle a la actuación, al canto y la composición, contar con el temple necesario para pararse frente a multitudes expectantes y, sobre todo, haber leído *Bestiario*.

Que ese libro —*Bestiario*, pues— fue dictado a fines de 1958 por Juan José Arreola a un —en aquel entonces— muy joven José Emilio Pacheco es anécdota que ya ha sido contada y publicada lo suficiente para placer de todos cuantos quieran conocerla. Que esa anécdota sirvió de inspiración primera a Alonso Arreola (bajista, escritor, talento y nieto de Juan José Arreola, para más señas) para empeñarse en desarrollar una pieza escénica que, a la vez de servir como un perpetuo homenaje a su abuelo, concitara también el interés por acercarse a la obra del también autor del célebre *Confabulario*, es historia algo menos conocida: *Bestias y prodigios* es el nombre del espectáculo creado por Alonso y estelarizado por varios notables que aquí van, camino a Guadalajara primero, a Zapotlán después y de vuelta a Guadalajara y al Teatro Degollado posteriormente para presentarlo.

Y bien, se los presento: Alonso y José María, nietos de Arreola, quienes convivieron por más de veinte años con el abuelo que poseía, dentro de su casa entrañable en Zapotlán, un mundo que, según ambos me compartirán después, semejava una especie de cuarto de tre-



Arreola por Rulfo



bejos fantásticos en el que era posible lo mismo jugar que imaginar, conversar que esconderse, leer que jugar ajedrez, ocultar algunos cuantos secretos infantiles y bueno, vivir como nieto un viaje especial, que para eso son los abuelos excepcionales.

Ellos son pues los nietos, Alonso y José María, hermanos muy semejantes pero también muy distintos entre sí, vinculados a través de la misteriosa genética mágica que hizo de su abuelo el ser humano particular que todos conocen, pero más ellos. El abuelo del ajedrez y las largas charlas. El creador de los escritos sobre bestias humanizadas que a la noche de este día que les narro deberán desfilar ante los ojos de quienes viven en Zapotlán, lugar tan lleno de memorias que, de hecho, José María me confiesa ya avanzando sobre la brumosa carretera, dentro de la camioneta que ha de llevarnos al poblado: “son muchísimos recuerdos: tanta felicidad me hace sentir triste”.

Con el grupo viaja también Iraida Noriega, espléndida cantante de jazz, que algo sabe acerca de verse relacionada familiarmente con un grande, pues es, como muchos saben, hija de Freddy Noriega, una de las glorias de la música romántica latina. Los ojos de Iraida dicen mucho acerca de la satisfacción que le provoca ser parte del *Bestias y prodigios*: suelen ser brillantes, pero se abarritan más cuando, ya en la tierra natal de Arreola, se aproxima al escenario y disfruta mirar los detalles de la escenografía que recién termina de montarse. “Cada función es un viaje distinto”, sonrío. Ojos de miel producida por algún enjambre que zumba de contento, la voz de Iraida puebla todo *Bestias y prodigios*. Ella ha sido la encargada de abstraer, en forma de música, el espíritu

de cada uno de los textos de *Bestiario* llevados a escena. Del canto de Iraida saldrán esta noche ante el público zapotlense y luego ante el auditorio del Teatro Degollado toda clase de criaturas surgidas de la imaginación.

Enmaletado a un lado de las bestias y de los prodigios también viaja Fernando Rivera Calderón. Fernando tiene a su cargo interpretar a un singularísimo José Emilio Pacheco, quien narrará a lo largo del montaje la génesis de *Bestiario* y de cómo las presiones por entregar el libro al último instante de la fecha acordada desbordaron la narrativa de Arreola en forma de un incesante dictado que recopiló el de las batallas en el desierto cuando sus batallas aún no existían y lo único que tenía frente a sí era una máquina de escribir Royal sobre la cual acomodó los textos que le fueron dictados con vistas a generar un libro memorable. Fernando llega a Zapotlán un tanto adormilado. Ya la carga significativa del lugar terminará por espabilarlo. Después de todo, no todos los días se viaja al pueblo natal de un escritor admirado en compañía de los cariños de aquel y además rodeado de todas las historias que llevaron a la consecución de lo que está por representarse y que es materia viva de su ánimo. Fernando Rivera Calderón es un lector de Juan José Arreola, pero también es un fan de Arreola y así lo manifiesta su espíritu encantado de encontrarse en el por hoy muy nublado Zapotlán. Ahora debo presentarles a Arturo López Pío, un genio de carácter calmo. Nadie se figuraría que esa gigantesca maleta que Pío jala lleva, además de unas cuantas playeras y cambios mínimos de ropa, un arsenal de ingredientes plásticos útiles para convertir esta manifestación escénica en algo aun más especial. Me estoy refiriendo al Cineamano, técnica de

recursos visuales creada por él, que consiste en dibujar empleando tinta, agua y pigmentos varios una serie de imágenes fabulosas que mientras se generan son proyectadas en una pantalla que prodiga hacia todo el público imágenes en continua transformación. Gracias al Cineamano, las bestias que componen la selección realizada por Alonso Arreola para el montaje desfilan ante la gente de manera novedosa. Así, una gota de tinta negra se convierte en un corazón, el corazón en sapo, el sapo en hombre, el hombre en un charquito que semeja movimiento y el movimiento en tinta y así, vuelta a empezar, de mil formas distintas.

Estos son pues los personajes que integran esta primera escenificación, pero voy demasiado rápido: hay que decir que antes de la representación en el pintoresco Zapotlán (cuyo minúsculo hotel ostenta en cada habitación un letrero que dice “Distinguido huésped: si requiere hacer uso de la plancha le rogamos solicitarla en recepción. Este servicio es exclusivo del Hotel Zapotlán”), hemos llegado al terruño de Juan José Arreola para conocer y pasear. Fundado a principios del siglo pasado, el mercado de Zapotlán se distingue no por ser un enclave medianamente bien surtido, que en ello se parece a prácticamente todos los mercados que hay en el país, sino por ser uno de los sitios del lugar en el que puede conseguirse una delicia culinaria cuyo solo nombre ya es poesía: tamales de ceniza, los favoritos de Arreola y los que mayores recuerdos concitan en el paladar de sus nietos. Elaborados a base de maíz con cal, con un gusto salado y terroso que hace que luego de la primera mordida se antojen más. No es la única proeza conseguida por la cocina local. También hay por ahí panes dulces, jugo de lima y el mejor menudo de la región, uno cuyos poderes constataremos al día siguiente de la función, cuando haya que abordar de nuevo la camioneta para trasladarse a Guadalajara y a su bello Teatro Degollado. En el mercado de Zapotlán se nos une Orso, hijo de Juan José Arreola y padre de Alonso y José María, quien trae en la memoria todas las historias y anécdotas de su padre. Físicamente muy parecido a él, quizás una de las características de los Arreola que mejor se manifiesta en Orso es la intuición. Antes de subirnos a la camioneta para trasladarnos a la casa de Juan José Arreola (hoy renombrado centro cultural de la localidad: Casa Taller Literario Juan José Arreola), Orso mira hacia el cielo nublado y espeta: “No ha de llover. En estas regiones los campesinos andan muy de pleito últimamente pues para espantar las lluvias algunos han traído una tecnología nueva que permite apuntar hacia el cielo y soltar unos cohetones. Con ellos dispersan la lluvia, aunque a los cultivos de otros eso les afecte. Si hoy alrededor del pueblo a algunos se les ocurre apuntar a la nublazón podemos estar tranquilos porque el homenaje a mi papá se llevará a cabo sin lluvia”.

Construida en un terreno que abarca unos mil 700 metros cuadrados, la morada en que vive el espíritu de Juan José Arreola no fue siempre la gran casa que ahora es. Su arquitectura es fiel reflejo de la mente inquieta de su dueño, quien la diseñó y construyó a través de los años: entradas y pasillos bordeados por escaleras, ventanas y ventanales aquí y allá. Una gigantesca y florecida barranca que junto con todo lo demás trae recuerdos a la memoria de sus nietos, quienes se manifiestan siempre extrañados, aunque lo sepan, de que el lugar en el que correataron de niños hoy se encuentre ocupado por gente externa y tan disímbola. Aquí, donde se jugaba a las escondidillas, hoy se imparten clases de ajedrez. Allá, donde se guardaban las rejas que contenían botellas y botellas de Sidral Aga, el preferido del escritor, hoy hay una bodega que resguarda materiales de los eventos culturales que se llevan a cabo. El alto pino que sirvió de guarida a los Arreola hoy señorea un jardín por el que pasa mucha gente pero ningún niño jugando. Hay, eso sí, una vieja máquina de escribir, una colección de ediciones extranjeras de libros de Arreola y, entre otras cosas, una foto en que el maestro aparece sonriendo, echando relajo con sus nietos. Sus nietos, quienes no logran acostumbrarse a que tanta intimidad en la casa de su abuelo se haya vuelto tan pública.

Zapotlán mullido de historias en cuyo hotel —más dotado de gloria en el pasado, seguramente— un ya muy célebre Neruda dedicó en 1942 al niño Juan José, quien le había recitado algunos de sus poemas con envidiable precisión, un ejemplar de su famoso *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, anotando en la primera página a guisa de dedicatoria: “Al niño Juan José, con fe en su destino”.

Es de noche ya, y de vuelta al escenario, todo debe comenzar. No hay lluvia efectivamente, y el telón de fondo es sólo la negrura del cielo, cuya densidad se rompe para dar paso a las primeras palabras del espectáculo: “José Emilio Pacheco fue amanuense de Arreola”, dice Fernando en su papel de escritor a quien le dictaron un libro excepcional.

Y a partir de aquí, surgen imágenes en cascada frente al público espectador que incluye a niños y adultos por igual. Algo hay de circo en este *Bestiario* llevado a escena, pero también hay mucho de teatro y, naturalmente, de magia. El hipopótamo, masa de arcilla original. Tecolote, capitel de plumas. Avestruz, polluelo gigantesco entre pañales. Focas hechas de barro primario. El sapo que ya les mencionaba, puro corazón. Arreola por Arreola. Termina la función y los aplausos no se hacen esperar. No cabe duda, ya sea en papel o en escena, este *Bestiario* es dueño de un encanto particular. A la mañana siguiente abandonamos Zapotlán para dirigirnos a Guadalajara, cuyo Teatro Degollado se prepara para recibir a una Bestia mayor.



Juan José Arreola

Y digo mayor pues para empezar el elenco, ya estando en La Perla Tapatía (cuántos lugares comunes pueblan el espíritu nacional) se enriquece con la presencia de Nicolás Alvarado, una de las voces más autorizadas de la cultura nacional. Un personaje que ha leído todo y de todos y entre ellos, naturalmente, a Juan José Arreola. Nicolás tiene a su cargo la lectura del cuento “Autrui”, de la varia invención de Arreola y el cuento-poema “Kalenda maya”, dentro del cual se incorpora en la musicalización la banda Troker, grupo tapatío que más que jazz-rock (la vertiente dentro de la cual promueven su sonido) se dedica a hacer música con tanta alma como la amabilidad de sus integrantes, quienes, por así decirlo, con su participación ayudan a dar espesura a la propuesta de *Bestias y prodigios*. Finalmente —y no por ello en último lugar— se une al ahora sí ya muy nutrido grupo Jaime López, el espléndido compositor de rock quien con su estilo personalísimo tiene a cargo la lectura y el acompañamiento con armónica de “Metamorfosis”, uno de los más bellos cuentos del autor homenajeado.

Faltan unas cuantas horas para que inicie la función, y hay que decir que a este escenario le salió pasto. Bueno, más bien, ramas, muchas ramas de pino esparcidas acolchadamente por todos lados. También, naturalmente, la escenografía es mucho más grande que la presentada en Zapotlán. Bestia mayor. Luces mayores. Mayor nerviosismo. Poco a poco, la fila que va formándose fuera del teatro va dibujando a la audiencia: más de mil personas curiosas por saber de qué trata todo esto sobre Arreola, quien justo este día (21 de septiembre) habría cumplido 97 años y cuyas cenizas esta mañana fueron trasladadas, con el garbo y honor merecidos, a la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres, donde luego del farragoso

acto oficial correspondiente, descansan para siempre al lado de personajes tan disímbolos como el militar Marcelino García Barragán y la docente y luchadora por la equidad de género Irene Robledo, entre otros muchos compañeros de eternidad.

Las cenizas de Arreola fueron trasladadas hacia su nuevo hogar por el Heroico Cuerpo de Bomberos de la ciudad. Escoltadas dentro de un fabuloso Pontiac convertible modelo 1968 color dorado y aplaudidas por la población al paso del cortejo. Algo nos dice a Jaime López, Fernando Rivera Calderón y a mí que el abuelo de nuestros amigos habría vivido satisfecho esta ceremonia, protagonizada en clave de admiración por los lectores de a pie con que cuenta el maestro y entre quienes temprano este día nos hemos mezclado. Ya algunas horas después, durante la comida, me dará un poco, sólo un poco de risa, la amabilidad de algún joven funcionario del Instituto de Cultura local, quien se manifiesta sorprendido por que ninguno de los tres lo hayamos buscado para asegurarnos un buen lugar entre la pléyade de representantes gubernamentales que acudieron al homenaje, sin comprender que la sustancia de esta clase de historias se dan siempre, absolutamente, entre la gente.

Gente como el anciano que esa misma noche al concluir la pieza escénica que aplaudió de pie, como prácticamente todo el lugar, abandona lentamente el recinto mientras sonriente le dice al joven que le acompaña, quizá su nieto: “¿ves cómo no llovió? Con Arreola puro sol, aunque sea de noche. Yo digo que allá arriba alguien hoy ya aprendió a dispararle a las nubes”.

Y yo, que escucho detrás, sonrío. Sí. Yo creo que ya aprendió. **u**